

## 22 DE ENERO.

Conversion de M. Ratisbonne.—Relacion de M. de Bussières.

Ayer por la mañana, cuando estábamos tomando apresuradamente la *cioccolata*, para dirigirnos á Santa Inés *extra-muros*, vino la buena Mónica á anunciarnos con la alegría en su corazon la gran noticia que circulaba en Roma: *¡un ebreo convertido!* Un judío se ha convertido ayer; sí, ayer, en nuestra iglesia de San Andrés *delle Frate! Gesu mio! che bel miracolo!* ¡Jesus mio, qué bello milagro! No tuvimos tiempo para oír más.

En la tarde se promovió conversacion de esto en casa del cardenal Pacca; y por fin, hoy dia 22 ya tengo todos los pormenores del grande acontecimiento. En el salon de la señora condesa K. . . . llegó el señor baron de Bussières, quién nos contó en círculo, lo que ha publicado despues. Voy á dejarle hablar á él mismo. "Refiero, nos dijo él, un hecho incontestable; digo lo que he visto con mis propios ojos, lo que pueden afirmar una multitud de testigos recomendables, lo que Estrasburgo no podrá creer, lo que Roma entera admira: un hombre en el pleno goce de todo su buen sentido, de toda la plenitud de sus facultades, entró á una iglesia judío obstinado, y por uno de esos golpes de la gracia que aterró á Saúl en el camino de Damasco, salió de allí diez minutos despues, católico de corazon y de voluntad. Alfonso Ratisbonne pertenece á una familia de Estrasburgo, distinguida por su posicion y por la estimacion de todos. Acababa de llegar á Nápoles, á fin de seguir hasta Oriente un viaje de salud y de placer. Estaba destinado á una brillante posicion y se prometia consagrar todos sus esfuerzos á la regeneracion de todos sus correli-

gionarios; á este objeto, referia todos sus pensamientos y todas sus esperanzas, porque se indignaba con todo lo que podia recordar la maldicion que pesa sobre los descendientes de Jacob.

"Entretanto habia llegado el momento de partir para el Oriente; Ratisbonne salió una mañana para ir, sin pérdida de tiempo, á tomar su lugar en el vapor que debia conducirle á Parma. En el camino piensa en que no ha visto á Roma, y en que á su vuelta es probable que no pueda volver á Italia. Absorto con estas reflexiones, se llegó á una oficina que es la de las diligencias; allí toma un asiento, y tres dias despues está en Roma con ánimo de permanecer pocos dias. Héle ahí visitando las ruinas, las galerías, las iglesias; amontonando como verdadero turista, las expediciones, las impresiones y los recuerdos confusos. Se da prisa á acabar con esta ciudad que ha venido á ver, no tanto por curiosidad, sino por cierta especie de atraccion que él se explica mal.

"La víspera de su partida se presentó á hacer una visita de despedida á mi hermano. Gustavo mi hermano es protestante, muy celoso por la secta de los Pietistas, y muchas veces habia tratado de atraerse al jóven israelita: sus conversaciones acababan ordinariamente con dos palabras que traducian bien la situacion moral de los dos interlocutores: *¡protestante obstinado!* decia el uno; *¡judío endurecido!* respondia el otro. Ratisbonne no encontró á mi hermano, que habia salido á caza; la Providencia permitió que se dirigiese á un criado italiano, que entendiéndole mal, le introdujo á mi salon. Hasta aquel momento no nos habiamos encontrado mas de una sola vez en casa de mi hermano, y á pesar de mi comedimiento con él, solo habia podido conseguir la fria urbanidad de un hombre bien educado. No obstante esto, le recibí lo mejor que pude; le hablé de

sus expediciones, y él me refirió lo que habia visto y sus impresiones.

"Me ha sucedido, añadió él, una cosa extraordinaria al visitar la iglesia de Ara-Cœli en el Capitolio; me sentí movido de una emocion profunda que no podia explicarme." Parece que en el momento en que Ratisbonne me hacia esta confidencia, mis miradas, brillantes de alegría, le decian: *Tú serás de los nuestros*; porque él se apresuró á afirmar, con una intencion muy marcada, que esta impresion habia sido puramente religiosa y de ningun modo cristiana. "Por otra parte, continuó él, al bajar del Capitolio, un espectáculo bien triste vino á encender todo mi odio contra el catolicismo; atravesé el Ghetto, y al ver la miseria y la degradacion de los judíos, yo me decia que, ante todo, valia más estar del lado de los oprimidos que del de los opresores." Nuestra conversacion tendia á la discusion; yo trataba, en mi entretenimiento, de hacerle participar de mis convicciones católicas, y él, sonriéndose con esfuerzo, me contestaba, con una benévola compasion á mis supersticiones, *que él habia nacido judío y que moriría judío.*

"Entónces me vino la idea más extraordinaria, una idea del cielo, porque los sabios de la tierra la habrian tratado de locura.

"Supuesto que sois un espíritu tan fuerte y tan seguro de vos mismo, promettedme llevar siempre con vos lo que voy á daros.

—"Veamos ¿de qué se trata?

—"Simplemente de esta medalla.

"Y yo le enseñé una medalla milagrosa de la Virgen. El se hizo para atrás, con una mezcla de indignacion y sorpresa.

"Pero, agregué yo, segun vuestro modo de ver las cosas, esto debe ser para vos perfectamente indiferente; y si lo haceis, con ello me dais un gran gusto.

—"¡Oh! qué importa, dijo él riendo; quiero al ménos probaros que sin razon se acusa á los judíos de obstinacion y de imponderable necedad. Por otra parte, me dais con esto un hermoso capítulo para mis notas y mis impresiones de viaje." Y seguia diciendo chanzas que me partian el corazon, porque para mí eran blasfemias.

"Entre tanto, le habia yo pasado por el cuello una cinta, en la cual, durante nuestro debate, habian suspendido mis pequeñas hijas la medalla bendita. Me quedaba por conseguir una cosa más difícil. Yo queria que rezara la invocacion de San Bernardo *Memmorare*. . . . De pronto nada obtuve; se negó positivamente, con un tono que queria decir: Este hombre es á la verdad harto impertinente. Pero una fuerza interior me impulsaba á mí mismo, y yo luchaba contra sus negativas reiteradas con una especie de encarnizamiento, y le tendia la oracion, suplicándole que la llevase consigo y que tuviera la bondad de copiarla, porque no tenia yo otro ejemplar.

"Entónces con un movimiento de mal humor y de ironía, y como para escaparse de mis instancias: "Sea, la escribiré; tendreis mi copia, y yo guardaré la vuestra;" y se retiró, murmurando muy bajo: "Hé ahí un original muy indiscreto. Yo quisiera saber lo que él diria si yo le atormentase así para hacerle rezar una de mis oraciones judías."

M. de Bussières nos contó en seguida todos los esfuerzos que habia hecho para detener en Roma á su jóven judío, que estaba decidido á partir al dia siguiente; que le habia comunicado á M. de La Ferronays las dificultades que presentaba esta conversion, y que M. de La Ferronays prometió rogar por él, y en la noche del 17 murió casi súbitamente, dejando á los amigos á quienes habia edificado durante sus últimos años, así como á la familia que

le lloraba, el ejemplo de sus virtudes y el consuelo de esperar que Dios no le habia llamado á sí, sino porque estaba maduro para el cielo.

«En este tiempo, continuó M. de Bussières, Ratisbonne no daba un solo paso hácia la verdad; su voluntad habia seguido la misma, su espíritu siempre burlon, sus pensamientos siempre adictos á las cosas de la tierra; tal era su situacion moral el juéves 20 de Enero. A las doce del día entró al café de la plaza de España para leer allí los periódicos; se encontró con mi cuñado Edmundo Humann, habla con él de las noticias del día con un abandono y una ligereza que excluia la idea de toda preocupacion grave. Al salir del café, á las doce y media, encontró al señor baron Lotzbeek, su amigo de colegio; se entretuvo alegremente con él con las cosas más fútiles; habló del baile, de placeres, de la brillante fiesta dada por el príncipe T. . . . Indudablemente que si alguno le hubiese dicho en aquel momento: *Antes de dos horas seréis católico, le hubiera creído loco.*

«Era ya la una; yo iba á hacer algunos arreglos á San Andrés *delle Fratte*, para la ceremonia fúnebre del día siguiente. Encontré á Ratisbonne que bajaba la *Via Condotti*, y le comprometí á ir conmigo. Entramos á la Iglesia. Al ver los preparativos del servicio, me preguntó para qué estaban destinados:—Para un amigo que acabo de perder, para M. de La Ferronays, á quien yo amaba con extremo.» Entónces se puso á pasearse en la nave; su mirada fria é indiferente, parecia decir: esta iglesia es fea. Le dejé del lado de la Epístola, y cerca de un pequeño espacio destinado á recibir el catafalco, y pasé al interior del convento porque tenia que hablar algunas palabras á uno de los religiosos para que se preparara una tribuna destinada á la familia del difunto; mi ausencia duró apenas diez ó doce minutos.

«Al volver á entrar á la iglesia, no percibí al punto á Ratisbonne; mas luego le descubro inmediatamente, arrodillado delante de la capilla de San Miguel, situada á la izquierda de la entrada. Me acerco, le toco tres ó cuatro veces ántes de que él se aperciba de mi presencia. Por fin, se vuelve á mí con el rostro bañado en lágrimas, junta sus manos y me dice con una expresion imposible de definir: «¡Oh, cuánto ha rogado aquel señor por mí!»

«Yo mismo estaba estupefacto de admiracion; yo sentia lo que se siente en presencia de un milagro. Levanto á Ratisbonne, lo guío, lo llevo, por decirlo así, fuera de la iglesia, le pregunto lo que tiene y á dónde quiere ir. «Llévame á donde quieras, exclama él; despues de lo que he visto, obedezco.» Le digo que se explique, y él no puede, su emocion es demasiado fuerte. Saca de su seno la medalla milagrosa, que cubre de besos y lágrimas. Le conduzco á su casa, y á pesar de mis reiteradas instancias, no pude conseguir de él más que exclamaciones mezcladas con sollozos. «¡Ah, qué feliz soy! ¡qué bueno es Dios! ¡qué plenitud de gracias y de dicha! ¡desgraciados los que nada saben! ¡ellos se quejarán de no conocerlas!» Luego prorrumpe en llanto, al pensar en los herejes y en los incrédulos. En fin, me pregunta si no está él loco. . . . «¡Oh, no! exclama él, estoy en mis sentidos; ¡Dios mio, Dios mio! yo no estoy loco; todo el mundo sabe bien que no estoy loco.»

«Cuando comienza á calmarse aquella delirante emocion, Ratisbonne, con un semblante radioso, y yo diria trasfigurado, me estrecha entre sus brazos, me abraza, me pide que le lleve con un confesor, quiere saber cuándo podrá recibir el bautismo, sin el cual no podria vivir, suspira despues por la felicidad de los mártires, cuyos tormentos ha visto en las paredes de San Estéban el Redondo. Me declara

que no se explicará hasta despues de haber obtenido el permiso de un sacerdote. «Porque lo que tengo que decir, añade él, no puedo decirlo sino de rodillas.» Le llevo inmediatamente al *Jesus* con el padre de Villefort, quien le dice que se explique.

«Entónces Ratisbonne saca su medalla, la abraza, nos la enseña, y exclama: *¡Yo la he visto! ¡yo la he visto!* y su emocion le domina todavía; mas recobra su calma y pudo expresarse. Hé aquí sus propias palabras:

«Yo estaba hacia un instante en la iglesia, cuando repentinamente me sentí movido de una turbacion inexplicable. Levanté los ojos, y todo el edificio habia desaparecido á mi vista; una sola capilla habia concentrado, por decirlo así, toda la luz; y en medio de aquella radiacion apareció en pié sobre el altar la Virgen María, brillante, llena de majestad y de dulzura, tal como está en mi medalla; una fuerza irresistible me arrastró hácia ella. La Virgen me hizo seña con la mano para que me arrodillase, y pareció que me decía: «Está bien.» Ella no me habló; pero yo entendí todo.»

Tal es la relacion de M. de Bussières; la acompañó con otros muchos pormenores que no refiero, porque han sido consignados en el opúsculo intitulado: *El Hijo de María*. Además, habremos de tener que hablar de M. Ratisbonne; una solemne ceremonia dará á conocer á todos al nuevo Saúl aterrado en la gran Roma y convertido de perseguidor en un vaso de eleccion destido á enseñar el nombre del Señor, no á los gentiles, sino á los judíos sus hermanos. ¡Oh abismo de los arcanos de Dios! Aquel jóven de corazon ardiente medita la regeneracion de sus correligionarios, pero quiere regenerarlos á su modo; pues bien, su mision será la misma, pero la cumplirá en un sentido más eleva-

do, que él no conocia. Héle ahí católico, héle ahí miembro de una sociedad de Apóstoles; y ¿quién sabe si acaso ha sido elegido para acelerar el movimiento que, segun las profecias, debe llevar al rebaño del Salvador los restos de Israel y anunciar el fin de los tiempos? Mirad el horizonte; tal vereis pintarse en él más de un signo precursor de ese porvenir á la vez consolador y terrible. Adoremos, oremos y estemos listos.

### 23 DE ENERO.

Iglesia de San Andrés *delle Fratte*.—Recuerdo del cardenal Consalvi.—Reflexiones sobre las artes en Roma.—Conversacion de Canova con Napoleon.—Visita á los palacios y á las galerías particulares.—Palacio Barberini—Palacio Borghèse.

Satisfecho con la relacion de la vispera, fuí á buena hora á celebrar el santo Sacrificio á la iglesia de San Andrés *delle Fratte*, en el altar mismo de la capilla en donde habia tenido lugar el milagro. Yo me decía: No es ni un judío alemán, ni un judío inglés, sino un judío francés el que ha sido convertido. ¿Cómo no ver en esta circunstancia los designios eternos de Dios sobre el pueblo misionero?

Despues de la misa estudiamos de nuevo aquella iglesia, en otro tiempo gloriosamente histórica, y supe una particularidad que no carece de interes. El ilustre cardenal Consalvi, el amigo y el ministro de Pio VII, se habia encontrado mezclado en todos los grandes negocios que habian llenado el reinado borrascoso del inmortal Pontífice. Los diferentes soberanos de la Europa, en testimonio de la alta estimacion que le profesaban, habian ofrecido al hábil diplomático una rica coleccion de preciosas cajas de polvos. La más espléndida era la del concordato de 1801,